

MANASÉS

Volumen 1 – Sermón No.105

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
30 DE NOVIEMBRE DE 1856
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS**

***“Y habiendo orado a él, fue atendido; pues Dios oyó su oración y lo restauró a Jerusalén, a su reino. Entonces reconoció Manasés que Jehová era Dios”.
2 Crónicas 33:13***

Manasés es uno de los personajes más notables cuya historia está escrita en las páginas sagradas. Estamos acostumbrados a mencionar su nombre en la lista de aquellos que pecaron mucho y, sin embargo, encontraron gran misericordia. Junto a Saulo de Tarso. Con ese gran pecador que lavó los pies de Jesús con sus lágrimas y los limpió con los cabellos de su cabeza. Y con el ladrón que murió en la cruz, un pecador perdonado a la hora undécima, podemos escribir el nombre de Manasés, que "derramó mucha sangre inocente". Pero a pesar de eso, fue perdonado y perdonado, encontrando misericordia a través de la sangre de un Salvador que no había muerto entonces, pero a quien Dios previó que debía morir y los méritos de cuyo sacrificio atribuyó a un transgresor tan grande como Manasés.

Sin prefacio, entraremos en la historia de Manasés esta mañana y lo consideraremos en una luz triple: primero, como pecador, luego como incrédulo y, en tercer lugar, como convertido. Puede ser que haya algún Manasés dentro de estos muros ahora, y si al describir el caso de este antiguo rey de Israel lo describiré en algún grado, confío en que tomará para sí las Verdades consoladoras que fueron el medio de la comodidad de Manasés, cuando está en el calabozo del arrepentimiento.

1. Primero, entonces, consideraremos a MANASÉS EN SU PECADO.

Y notamos, primero, que él pertenecía a esa clase de pecadores que se colocan primero en la falange del mal, es decir, aquellos que pecan contra la gran luz, contra una educación piadosa y un entrenamiento temprano. Manasés era el hijo de Ezequías, un hombre que tenía algunas fallas, pero de quien se dice: "Hizo lo correcto ante los ojos del Señor". En gran medida caminó ante Dios con un corazón perfecto, al igual que David su padre. No podemos suponer que descuidó la educación de su hijo Manasés. Era el hijo de su vejez.

Recordarán que en un momento de grave enfermedad Dios le prometió a Ezequías que debería prolongar su vida quince años. Tres años después de ese evento nació Manasés y, por lo tanto, tenía solo doce años cuando murió su padre. Todavía tenía la edad suficiente para recordar la oración piadosa de un padre y una madre, y había llegado a la madurez suficiente para comprender lo correcto de lo incorrecto, y haber recibido esas primeras impresiones que creemos, en la mayoría de los casos, eminentemente útiles para la vida adulta.

Y, sin embargo, Manasés derribó lo que su padre había construido y construyó los templos ídolos que su padre había derribado. Ahora, es un hecho notorio que los hombres que salen mal después de un buen entrenamiento, son los peores hombres del mundo. Puede que no lo sepas, pero es un hecho, que el asesinato lamentable de Williams en Erromanga, fue provocado por las malas acciones de un comerciante que había ido a la isla, y que también era hijo de un misionero. Se había vuelto imprudente en sus hábitos y trataba a los isleños con tanta barbaridad y crueldad, que vengaron su conducta contra el siguiente hombre blanco que puso su pie en la orilla, y el amado Williams, uno de los últimos mártires, murió víctima de la culpa de quienes lo habían precedido.

Los peores hombres son aquellos que, teniendo mucha luz, aún se descarrian. Encontrarás entre los más grandes campeones del campamento del Infierno, hombres que fueron criados y educados en nuestras mismas filas. No es necesario que mencione nombres. Pero cualquiera de ustedes que esté familiarizado con los líderes de la infidelidad en el presente, reconocerá de inmediato el hecho. Y esos hombres en realidad son los peores infieles, mientras que los mejores cristianos a menudo provienen de los peores pecadores. Nuestros John Bunyan han venido de la casa de la olla y de la sala de grifería, de la bolera o de lugares más bajos de la escala.

Nuestros mejores hombres han venido del peor de los lugares y se han adaptado mejor para reclamar a los pecadores, porque ellos mismos entraron en la perrera y, sin embargo, fueron lavados con la sangre limpiadora de un Salvador. Y, por lo tanto, es cierto que los peores enemigos de Cristo son aquellos que se alimentan entre nosotros y, como la víbora de antaño, que el labrador crió en su seno, se volteó para picar el seno que los ha nutrido. Tal fue Manasés.

En el siguiente lugar, Manasés como pecador fue muy audaz. Fue uno de esos hombres que no peca encubiertamente, pero que, cuando transgreden, no parecen avergonzarse en absoluto. Nacen con frentes descaradas y levantan sus rostros al cielo con insolencia e insolencia. Era un hombre que, si creaba un ídolo, como vería al leer este capítulo, no lo instaló en una parte oscura de la tierra, sino que lo colocó en el mismo templo de Dios.

Y cuando profanaba el nombre del Altísimo, no acudía en privado a su capilla, donde podía adorar a alguna deidad malvada, sino que la colocaba en el mismo templo, como para insultar a Dios en su misma cara.

Él estaba desesperado por el pecado y llegó al límite, siendo muy audaz y desesperado por las travesuras. Ahora, ya sea para bien o para mal, la audacia siempre es segura para ganar el día. Dame un cobarde, no me das nada, dame un hombre audaz y me das uno que pueda hacer algo, ya sea por la causa de Cristo o por el diablo. Manasés era un hombre de este tipo. Si maldecía a Dios, era en voz alta, no era en un agujero o rincón, sino en su trono que emitía proclamas contra el Altísimo, y de la manera más atrevida insultaba al Señor Dios de Israel.

Y, sin embargo, queridos amigos, este hombre fue salvo, a pesar de todo esto. Este gran pecador, este hombre que había pisoteado las oraciones de su padre, que se había limpiado de las cejas las lágrimas que un padre ansioso había derramado allí, quien había sofocado las convicciones de su conciencia y había llegado a un extremo de culpa, en pecado audaz, abierto y desesperado. Sin embargo, este hombre fue finalmente, por Divina Gracia, humillado y arrodillado para reconocer que Dios era solo Dios. Que nadie, por lo tanto, se desespere de su prójimo. Nunca lo hago, ya que pienso y espero que Dios me haya salvado. Estoy convencido de que, viviendo tanto como pueda, nunca veré a la persona de quien puedo decir: "Ese hombre es un caso desesperado".

Tal vez pueda encontrarme con la persona que ha sido tan exhortada y advertida, y que ha pospuesto todos los dulces sentimientos de su conciencia que se ha quemado y endurecido y, en consecuencia, aparentemente sin esperanza. Pero nunca conoceré a un hombre que haya pecado tan desesperadamente que pueda decir de él que nunca podrá salvarse. Ah, no, ese brazo de misericordia que fue lo suficientemente largo como para salvarme, es lo suficientemente largo como para salvarte a ti. Y si él pudiera redimirte de tu transgresión, seguramente no hay nadie más hundido que tú y, por lo tanto, puedes creer que su brazo de misericordia puede alcanzarlos.

Sobre todo, que nadie se desespere de sí mismo. Mientras hay vida hay esperanza. No te rindas a los brazos de Satanás. Él te dice que tu sentencia de muerte está sellada, que tu destino está echado y que nunca puedes ser salvo. Dígale a la cara que es un mentiroso, porque Jesucristo "puede salvar hasta lo sumo a los que acuden a Dios por medio de Él, ya que vive para interceder por ellos".

Nuevamente, Manasés fue un pecador de esa casta peculiar que sospechamos que no se encuentra con mucha frecuencia. Él era uno de los que tenían el poder de conducir a otros en gran medida, por el mal camino de la Verdad y la religión de Dios. Él era un rey y, por lo tanto, tuvo una gran influencia, lo que ordenó se hizo. Entre las filas de los idólatras, Manasés se

situó primero y fue la canción y la gloria de los falsos sacerdotes, que el rey de Judá estaba del lado de los dioses de las naciones. Él era el líder, el primer hombre en la batalla. Cuando las tropas de los impíos fueron a la guerra contra el Dios de toda la tierra, Manasés lideró a la vanguardia y los animó.

Él era su gran Goliat, desafiando a todos los ejércitos del Dios viviente. Muchos de los malvados retrocedieron y temieron el conflicto. Pero nunca temió. "Él habló y se hizo, él ordenó y se mantuvo firme". Y, por lo tanto, fue audaz y arrogante al desviar a otros. Hay algunos que aún están vivos, hombres que no se contentan con pisar el camino ancho por sí mismos, sino que intentan atraer a otros.

Y, ¡oh, cuán activos son en sus esfuerzos! Ellos irán de casa en casa y distribuirán aquellas publicaciones que sean impuras y contaminantes. Se pararán en nuestras calles y se esforzarán por atraer a los jóvenes, sí, hombres y mujeres, recién salidos de la casa de Dios o yendo al santuario de Dios, para contarles esa triste historia de que no hay Dios, o la triste mentira de que no hay futuro, sino que todos debemos morir como perros y sufrir la aniquilación.

Hay algunos que nunca parecen ser felices a menos que estén desviando a otros. No es suficiente que vayan solos contra Dios, sino que deben pecar en compañía. Al igual que la mujer de los Proverbios, buscan vida preciosa y, como perros que tienen sed de sangre, buscan hombres para destruir. La sociedad ahora es como Prometeo. Está, en gran medida, atado de pies y manos por las mismas costumbres que nos rodean, y al igual que Prometeo, tenemos sobre nosotros el sabueso alado del Infierno, que toca constantemente nuestro corazón y traga la sangre vital de nuestro espíritu. Quiero decir que tenemos esa maldita infidelidad que busca alejar a los hombres de Dios y expulsarlos de su Hacedor. Pero, sin embargo, los líderes entre ellos todavía se han salvado. Manasés, el líder de los que odiaban a Dios, aún estaba humillado y obligado a amar al Altísimo.

¿Me preguntas si tales casos ocurren ahora? Respondo, sí, lo hacen muy raramente, pero aun así suceden. Ayer recibí algo que alegraba mucho mi corazón y me hizo bendecir a mi Dios, que, a pesar de toda oposición, todavía me había hecho de poca utilidad en el mundo. Recibí una larga carta de cierta ciudad, de uno que ha sido uno de los líderes de la sociedad secular en ese lugar.

El escritor dice: "Compré uno de los folletos titulado '¿Quién es este Spurgeon?' Y también su retrato (o un retrato vendido como suyo) para 3d. Los traje a casa y los exhibí en el escaparate de mi tienda. Fui inducido a hacerlo por un sentimiento de burlón placer. El título del folleto es, naturalmente, sugestivo de caricatura y fue especialmente para incitar esa impresión, que lo adjunté a su retrato y lo puse en mi ventana".

"Pero también tenía otro objeto a la vista. Pensé por su atractivo para mejorar mi comercio. No estoy en absoluto en el negocio de los libros o el papel, lo que hizo que su exposición y mi motivo fueran más llamativos. Lo he quitado ahora. Había comprado uno de sus sermones de un incrédulo uno o dos días antes. En ese sermón leí estas palabras, 'Ellos continúan; ese paso es seguro lo dan. El siguiente es seguro que lo toman. Su pie cuelga sobre un abismo de oscuridad'. Seguí leyendo, pero la palabra oscuridad me hizo tambalear. Estaba todo oscuro conmigo".

'Es cierto, el camino ha sido seguro hasta ahora, pero estoy perdido en el desconcierto. No, no, no, no lo arriesgaré'. "Salí del departamento en el que había estado reflexionando y, mientras lo hacía, las tres palabras, "¿Quién puede decirlo?" Parecían susurrar en mi corazón. Decidí no dejar pasar otro domingo sin visitar un lugar de culto. No sabía cuánto tardaría en necesitarme mi alma, pero sentí que sería cruel, bajo, cobarde, no darle una oportunidad".

"Sí, mis asociados pueden reírse, burlarse, burlarse, llamarme cobarde, renegado, haré un acto de justicia en mi alma. Fui a la capilla. Estaba estupefacto de asombro. ¿Qué podría querer allí? El portero abrió más los ojos e involuntariamente preguntó: 'Es el señor _____, ¿no es así?' 'Sí', dije, 'lo soy'. Me llevó a un asiento y luego me trajo un himnario".

"Estaba en condiciones de estallar de angustia. "Ahora", pensé, "Estoy aquí. Si es la Casa de Dios, el Cielo me conceda una audiencia y me rendiré por completo. Oh Dios, muéstrame una muestra por la cual pueda saber que eres y que de ninguna manera echarás al vil desertor que se ha aventurado a buscar tu rostro y tu indulgente misericordia. Abrí el libro de himnos para desviar mi mente de los sentimientos que me desgarraban y las primeras palabras que me llamaron la atención fueron..."

***"Oscura, oscura de hecho la tumba sería
Si no tuviéramos luz, oh Dios, de ti".***

Después de dar algunas cosas que considera evidencias de que es un verdadero converso de la religión, cierra diciendo: "Oh Señor, dile esto al pobre desgraciado cuyo orgullo, como el mío, lo ha aliado con el Infierno. Díselo a los vacilantes y a los tímidos. Dígale al cristiano que se enfría, que Dios es una ayuda muy presente para todos los que lo necesitan. Piensa en el pobre pecador que nunca te mirará en este mundo, pero que vivirá para bendecirte y orar por ti aquí y anhelará encontrarte en el mundo exento de dudas pecaminosas, del orgullo humano y de los corazones rebeldes".

Ah, no necesita pedirme perdón, estoy feliz, demasiado feliz, con la esperanza de llamarlo "Hermano" en la Iglesia Cristiana. Esta carta es de un lugar a muchas millas de esta ciudad y de un hombre que no tenía poca importancia entre los que odian a Cristo. Ah, ha habido

Manasés salvados y los habrá todavía. Ha habido hombres que odiaban a Dios, que saltaron de alegría y dijeron:

***"Estoy perdonado, estoy perdonado
Soy un milagro de gracia".***

Y han besado los mismos pies que una vez despreciaron y se burlaron y no pudieron soportar escuchar la mención.

Hay un hecho con respecto a Manasés que lo señala como un príncipe de los pecadores, a saber: "Causó que sus hijos pasaran por el fuego en el valle del hijo de Hinom", y dedicó a sus hijos a Tofet. Este fue un pecado terrible, porque, aunque Manasés se arrepintió, encontramos que su hijo Amón siguió los pasos de su padre en su maldad, pero no en su justicia. ¡Escucha! "Amón tenía veintidós años cuando comenzó a reinar y reinó dos años en Jerusalén. Pero hizo lo que era malo ante los ojos del Señor, como lo hizo Manasés su padre, porque Amón sacrificó a todas las imágenes talladas que Manasés su padre había hecho y les sirvió, y no se humilló ante el Señor, como Manasés su padre se había humillado a sí mismo. Pero Amón traspasó más y más".

Los niños imitarán a sus padres en sus vicios, rara vez en su arrepentimiento. Si los padres pecan, sus hijos los seguirán, sin duda. Pero cuando se arrepienten y se vuelven a Dios, no es tan fácil llevar a un niño de regreso al camino que una vez abandonó. ¿Hay alguno aquí que, como ese antiguo cartaginés, haya dedicado a sus hijos a la oposición de su enemigo? Recuerdas a uno que dedicó a su hijo Hannibal desde su nacimiento a ser el enemigo eterno de los romanos. Puede haber un hombre así, que ha dedicado su descendencia a Satanás, para ser el enemigo eterno del Evangelio de Cristo, y está tratando de entrenarlo y asesorarlo de una manera que es contraria al temor del Señor.

¿Es un hombre sin esperanza? Su pecado es terrible, su estado es triste, su pecado sin arrepentimiento seguramente lo condenará. Pero mientras él esté aquí, todavía le predicaremos el arrepentimiento, sabiendo que Manasés fue llevado a conocer a Dios y se le perdonaron todos sus múltiples pecados.

II. El segundo aspecto en el que debemos considerar a Manasés es como NO CREYENTE, ya que parece que Manasés no creía que solo Jehová fuera Dios. Era, por lo tanto, un creyente en dioses falsos, pero un incrédulo, en lo que respecta a la verdad. Ahora, ¿no te sorprende al principio, que mientras Manasés era un incrédulo en la Verdad, debe haber sido una persona muy crédula para creer en todas las deidades imaginarias de los paganos? De hecho, las personas más crédulas del mundo son incrédulos. Se necesita diez mil veces más fe para ser un incrédulo que ser un creyente en Apocalipsis.

Un hombre viene a mí y me dice que soy crédulo porque creo en una gran Primera Causa que creó los cielos y la tierra, y que Dios se hizo hombre y murió por el pecado. Le digo que puedo serlo y sin duda soy muy crédulo, ya que él concibe la credulidad. Pero concibo lo que creo que está en perfecta consistencia con mi razón y, por lo tanto, lo recibo. "Pero", dice él, "no soy crédulo, para nada". Señor, digo, me gustaría preguntarle una cosa. No crees que el mundo fue creado por Dios. "No." Debes ser increíblemente crédulo, entonces, estoy seguro.

¿Crees que esta Biblia existe sin ser hecha? Si debe decir que soy crédulo porque creo que tenía una impresora y una carpeta, debería decir que fue infinitamente más crédulo, si me aseguró que se hizo. Y si comienza a contarme una de sus teorías sobre la creación, que los átomos flotaron en el espacio y llegaron a cierta forma, debería renunciar a la palma de la credulidad. Usted cree, quizás, además, que el hombre llegó a estar en este mundo a través de la mejora de ciertas criaturas.

He leído que usted dice que hubo ciertas mónadas, que estas mónadas se mejoraron a sí mismas hasta que se convirtieron en pequeños animales, que luego se convirtieron en pece que estos peces querían volar y luego las alas crecían, que poco a poco querían gatear y luego llegaron las patas y se convirtieron en lagartos y, por muchos pasos, se convirtieron en monos y luego los monos se convirtieron en hombres y crees que eres primo de un *Orangután*.

Ahora, puedo ser muy crédulo, pero realmente no tan crédulo como tú. Puedo creer cosas muy extrañas. Puedo creer que, con la quijada de un asno, Sansón mató a mil hombres. Puedo creer que la tierra se ahogó con agua y muchas otras cosas extrañas, como las llamas. Pero en cuanto a tu credo, tu no credo, "es extraño, es extraño, es maravilloso", y es mucho más mío en la credulidad, si soy crédulo, como un océano rebosa una gota.

Se requiere la fe más dura del mundo para negar las Escrituras, porque el hombre, en su corazón secreto, sabe que son verdaderas. Ve a donde él quiera, algo le susurra: "Puedes estar equivocado, tal vez lo estés". Y es todo lo que él puede hacer, decir: "¡Acuéstate, conciencia! Abajo contigo. No debo dejarte hablar, o no podría dar mi conferencia mañana, no podría ir con mis amigos, no podría ir a tal o cual club. Porque no puedo permitirme mantener una conciencia, si no puedo permitirme mantener un Dios".

Y ahora déjame decirte cuáles son las razones por las cuales Manasés era un incrédulo. En primer lugar, concibo que el poder ilimitado que poseía Manasés tenía una gran tendencia a convertirlo en un incrédulo en Dios. No debería preguntarme si un autócrata, un hombre con dominio absoluto, debería negar a Dios. Debería pensar que es natural. Recuerdas ese discurso memorable de Napoleón. Le dijeron que el hombre propuso, pero que Dios dispuso. "Ah", dijo Napoleón, "yo también propongo y dispongo". Y allí se arrogó la supremacía de Dios.

No nos sorprende, porque sus victorias se habían sucedido tan rápidamente, su destreza había sido tan completa, su fama tan grande y su poder sobre sus súbditos tan absoluto. Creo que el poder siempre, excepto en el corazón que está correctamente gobernado por la gracia, tiende a llevarnos a negar a Dios. Es ese noble intelecto de tal y tal hombre lo que lo ha llevado a la discusión. Tiene dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete veces más que vencedor en el campo de la controversia. Mira a su alrededor y dice: "Lo estoy, no hay nadie a mi lado, déjame tomar lo que me plazca, puedo defenderlo, no hay hombre que pueda resistir la espada de mi intelecto, Puedo darle un empujón hogareño que seguramente lo superará". Y luego, al igual que el Dr. Johnson, quien a menudo tomó el lado de la pregunta que no creía, solo porque le gustaba obtener una victoria que era difícil de ganar, entonces estos hombres defienden lo que creen estar equivocados, porque lo conciben les da la mejor oportunidad de mostrar sus habilidades.

"Déjame", dice un poderoso intelecto, "pelea con un cristiano. Tendré bastante trabajo para probar mi tesis. Sé que tendré una gran dificultad para socavar los bastiones de la verdad que él se opone a soportar contra mí, tanto mejor. Valió la pena ser conquistado por una oposición tan valiente y si puedo vencer a mi antagonista, si puedo demostrar que tengo más lógica que él, entonces puedo decir: es glorioso, es glorioso haber luchado contra un oponente con tanto de su lado y aún sin haber salido más que vencedor".

Creo que es muy difícil confiar en el poder al mejor hombre del mundo. Él, a menos que la gracia lo conserve, hará un uso incorrecto en poco tiempo. Por lo tanto, es que los siervos de Dios más influyentes son casi siempre los más probados, porque nuestro Padre celestial sabe que, si no fuera por grandes pruebas y aflicciones, deberíamos comenzar a enfrentarnos a Él y arrogarnos una gloria que nosotros no tenía derecho a reclamar.

Pero supongo que otra razón por la que Manasés no era creyente fue porque estaba orgulloso. El orgullo yace en la raíz de la infidelidad. El orgullo es el germen de la oposición a Dios. El hombre dice: "¿Por qué debería creer?" El niño de la escuela dominical lee su Biblia y dice que es verdad. ¿Soy yo, un hombre de intelecto, para sentarme al lado de él y recibir algo tan verdadero simplemente ante el dictamen de la Palabra de Dios? No, no lo haré. Lo descubriré por mí mismo y no lo creeré simplemente porque me lo revelaron, porque eso era hacerme un niño.

Y cuando se dirige a la página de Apocalipsis y lee así, "excepto que se conviertan y se conviertan en niños pequeños, de ninguna manera pueden entrar en el reino de los Cielos", dice, "¡Bah! No seré convertido entonces. No voy a ser un niño. Soy un hombre y seré un hombre y preferiría ser un hombre perdido que un niño salvado. ¿Qué? ¿Debo rendir mi juicio y sentarme tácitamente a creer en la Palabra de Dios?" "Sí", dice la Palabra de Dios, "lo eres.

Debes convertirte en un niño y recibir mansamente Mi Palabra". "Entonces", dice en su arrogancia y orgullo, "no lo haré", y como Satanás, declara que era mejor gobernar en el Infierno que servir en el Cielo y se va incrédulo, porque creer es una cosa demasiado humillante.

Pero quizás la razón más poderosa de la incredulidad de Manasés reside aquí, amaba demasiado el pecado. Cuando Manasés construyó los altares para sus falsos dioses, pudo pecar fácilmente y mantener su conciencia. Sintió las leyes de Jehová tan estrictas que, si alguna vez creía en el Dios único, no podría pecar todo lo que hacía. Lo leyó así: "Recuerda el día de reposo para santificarlo. No matarás. No robarás", y así sucesivamente. Manasés quería hacer todas estas cosas y, por lo tanto, no creería porque no podía creer y guardar su pecado. La razón por la cual tenemos mucha incredulidad es porque amamos mucho el pecado.

Los hombres no tendrán a Dios, porque Dios interfiere con sus deseos. No podían continuar con sus pecados si alguna vez creyeron que había un Dios eterno sobre ellos. O profesó creerlo, porque todos lo creen, lo digan o no. Y debido a que el pensamiento de Dios los controla en su impiedad y lujuria, por lo tanto, gritan: "No hay Dios" y lo dicen con sus labios y también en sus corazones. Creo que fue esto lo que llevó a Manasés a perseguir a los santos de Dios, porque entre sus pecados está escrito: "derramó mucha sangre inocente".

Es una tradición entre los judíos, que Manasés aserró al Profeta Isaías en soldaduras a causa de una reprensión que le dio por su pecado. Isaías no era muy tímido y le contó al rey sus deseos y, por lo tanto, colocándolo entre dos tablas, lo cortó en pedazos de la cabeza a los pies. Es solo la razón por la cual los hombres odian a Dios y odian a sus siervos, porque la verdad es demasiado ardiente para ellos. Envíele un predicador que no le diga de sus pecados y lo escuche en paz. Pero cuando el Evangelio viene con poder, entonces es que los hombres no pueden soportarlo. Cuando se atrincheró con ese placer, ese pecado o esa lujuria, entonces no lo creerán. Creería el Evangelio si pudiera creerlo y también vivir en sus pecados.

¡Oh, cuánto un reprobado borracho sería un cristiano, si fuera borracho y cristiano también! ¡Cuántos malvados desgraciados se convertirían en creyentes si creyera y continuara en sus pecados! Pero porque la fe en el Dios Eterno nunca puede estar al lado del pecado, y porque el Evangelio grita: "¡Abajo! ¡Abajo! ¡Abajo tu pecado!", Por lo tanto, es que los hombres se dan la vuelta y dicen: "¡Abajo el Evangelio!" ¡Hace demasiado calor para ti, oh generación pecadora! Por lo tanto, te apartas de él, porque no tolerará tus deseos, ni complacerá tu iniquidad.

III. Miramos, entonces, a Manasés como un incrédulo y ahora tenemos nuestra última tarea más placentera de ver a Manasés como un converso. ¡Escúchenlo, cielos, y escuchen, tierra! El Señor Dios lo ha dicho. Manasés será salvo. Él en su trono de crueldad acaba de agregar su nombre a otro edicto asesino contra los santos de Dios, pero será humillado, ¡pedirá

misericordia y será salvo! Manasés escucha el decreto de Dios, se ríe. "¿Qué? ¿Juego al hipócrita y doblo la rodilla? ¡Nunca! No es posible y cuando los piadosos lo escuchan, todos dicen: 'No es posible. ¿Qué? ¿Saulo entre los profetas? Manasés regenerado? ¿Manasés hizo una reverencia ante el Altísimo? La cosa es imposible".

Ah, es imposible con el hombre, pero es posible con Dios. Dios sabe cómo hacerlo. El enemigo está a las puertas de la ciudad. Un rey hostil acaba de asediar los muros de Jerusalén. Manasés huye de su palacio y se esconde entre las espinas. Él es llevado allí, llevado cautivo a Babilonia y encerrado en prisión. Y ahora vemos lo que Dios puede hacer. El orgulloso rey ya no se siente orgulloso porque ha perdido su poder. El hombre poderoso ya no es poderoso, porque su poder le fue quitado. Y ahora, en un calabozo bajo, escúchalo. ¡Ya no es el blasfemo, ni el que odia a Dios, sino verlo frío en el suelo!

Manasés dobla la rodilla y con las lágrimas rodando por sus mejillas, grita: "¡Oh Dios! ¡Dios de mi padre! Un paria viene a ti. Un sabueso del infierno manchado de sangre se arroja a tus pies. ¡Yo, un demonio muy lleno de inmundicia, ahora me postro ante Ti! ¡Escúchalo, cielos! Escucha una vez más. Mira, desde los cielos el ángel vuela con Misericordia en su mano. Ah, ¿dónde acelera él? Es a la mazmorra de Babilonia. El orgulloso rey está de rodillas y Misericordia llega y le susurra al oído: "¡Esperanza!" Manasés comienza a ponerse de rodillas y grita: "¿Hay esperanza?" Y cae de nuevo. Una vez más suplica y Misericordia susurra esa dulce promesa, pronunciada una vez por el asesinado Isaías: 'Yo, incluso yo, soy el que borra tus transgresiones por amor de mi nombre y no recordaré tus pecados'".

Oh, ¿lo ves? Su corazón mismo se desborda en sus ojos. ¡Oh, cómo llora de alegría y, sin embargo, de tristeza por haber podido pecar contra un Dios tan amable! Un momento más y se abre la mazmorra. El rey de Babilonia, movido por Dios, le ordena que se libere y Manasés regresa a su reino y trono, un hombre más feliz y mejor que nunca. Creo que lo veo venir a Jerusalén. Están sus estadistas y favoritos. Le dan la bienvenida. ¡Entra, Manasés! El cuenco se llenará y esta noche tendremos una feliz noche. ¡Nos inclinaremos ante el santuario de Astaroth y le agradeceremos que te haya puesto en libertad! ¡Mira, los caballos del sol están listos, ven y paga tus devociones al que brilla en la tierra y guía al ejército del Cielo!

Creo que veo su asombro cuando grita: "¡Retrocede! ¡Un paso atrás! Ustedes ya no son mis amigos, hasta que se convierten en amigos de Dios. Te he puesto de rodillas y como víboras me has picado con el veneno de los álamos. Te hice mis amigos y me has llevado al abismo del infierno. Pero ahora lo sé. Apártate hasta ser mejores hombres y encontraré a otros como mis cortesanos". Y allí los pobres santos, escondidos en las calles secundarias de la ciudad, tan asustados porque el rey ha regresado, están celebrando reuniones de solemne oración, llorando a Dios para que no salgan más edictos asesinos y perseguidores.

Y he aquí, un mensajero viene y dice: "El rey ha regresado". Y mientras lo miran, preguntándose qué es lo que el mensajero está a punto de decir, agrega: "Ha regresado, no Manasés como fue, sino como un ángel. Lo vi con sus propias manos romper Astaroth en pedazos. Lo escuché gritar: 'Los caballos del sol serán colgados', barren la casa de Dios, celebraremos una Pascua allí, el cordero de la mañana y de la tarde volverá a arder en los altares de Jehová, porque Él es Dios y está a su lado. no hay nadie más!".

Oh, ¿puedes concebir la alegría de los creyentes en ese día favorable? ¿Puedes pensar cómo subieron a la casa de Dios con alegría y acción de gracias? Y en el próximo sábado cantaron como nunca antes habían cantado: "Venid, cantemos al Señor, hagamos un ruido alegre a la Roca de nuestra salvación", mientras recordaban que el que había perseguido a los santos de Dios antes, ahora defendía esa Verdad que una vez aborreció. ¡Hubo alegría en la tierra, sí, y también hubo alegría en el Cielo! Las campanas del cielo sonaron felices el día que Manasés rezó. Los ángeles del cielo batieron sus alas con doble disposición el día que Manasés se arrepintió. La Tierra y el Cielo se alegraron e incluso el Todopoderoso en su trono sonrió con una amable aprobación mientras nuevamente decía: "Yo, incluso yo, soy el que borra tus transgresiones por amor de mi nombre y no recordaré tus pecados".

Y ahora tiene curiosidad por saber cuáles fueron las bases de la fe de Manasés: ¿cuáles fueron las rocas sobre las que construyó su confianza en Dios? Creo que fueron dos. Primero creyó en Dios, porque había respondido a su oración. Y, en segundo lugar, porque había perdonado su pecado. A veces he dicho, cuando me convertí en la presa de los pensamientos de duda: "Bueno, ahora, no me atrevo a dudar de si hay un Dios, porque puedo mirar hacia atrás en mi diario y decir en ese día en lo más profundo de los problemas, que doblé mi rodilla hacia Dios y antes de levantarme de las rodillas me dieron la respuesta".

Y muchos de ustedes también pueden decirlo. Por lo tanto, digan lo que digan los demás, sabes que hay un Dios porque Él respondió tus oraciones. Has oído hablar de ese hombre santo, Sr. Muller, de Bristol. [Ver "Las obras de Dios con respecto a George Muller".] Si le dijeras a George Muller que no había un Dios, él lloraría por ti. "¿No es un Dios?", Él decía, "Porque, he visto su mano. ¿De dónde vinieron esas respuestas a mis oraciones?" Ah, señores, pueden reírse de nosotros por credulidad.

Pero hay cientos aquí que podrían afirmar con la mayor solemnidad, que le han pedido a Dios por muchos asuntos y que Dios no les ha fallado, sino que les ha concedido su solicitud. Esta fue una de las razones por las cuales Manasés sabía que el Señor, Él era Dios.

La otra razón era que Manasés tenía una sensación de pecado perdonado. Ah, esa es una prueba deliciosa de la existencia de un Dios. Aquí viene un pobre desgraciado miserable. Sus rodillas golpean juntas, su corazón se hunde dentro de él, se está entregando a la

desesperación. ¡Trae a los médicos a él! Ellos lloran: "Tememos que su mente esté enferma. Creemos que al final tendrá que ser llevado a un manicomio". Aplican sus remedios, pero él no es el mejor, sino que empeora. De repente, esta pobre criatura, afligida por una sensación de pecado, gimiendo a causa de la culpa, es llevada al sonido de la Palabra Sagrada. Lo oye, aumenta su miseria. Lo vuelve a escuchar, su dolor se duplica, hasta que finalmente todos dicen que su caso es completamente inútil. De repente, en una feliz mañana que Dios había ordenado, el ministro es llevado a un dulce pasaje. Quizás sea esto: "Ven ahora y razonemos juntos, aunque tus pecados sean tan escarlatas, serán blancos como la nieve, aunque sean rojos como el carmesí, serán como lana". El Espíritu lo aplica y el pobre hombre se va a casa ligero como el aire y le dice a su esposa e hijos: "Ven, regocíjate conmigo".

"¿Por qué?", preguntan. "Porque", dice él, "mis pecados son perdonados". "¿Cómo lo sabes?" "Oh", dice, "siento el perdón del amor dentro de mi corazón, que todos los que dudan en el mundo no podrían negar, y si toda la tierra debería levantarse contra mí y decir que debería ser condenado, podría decir: 'Sé que ahora no hay condena para mí'".

¿Alguna vez has sentido que perdonaste la sangre? Nunca dudarás de Dios, lo sé, si lo has hecho. Porque, queridos amigos, si la anciana más pobre del mundo fuera llevada ante un infiel del orden más sabio, con una mente del mayor calibre y se esforzara por pervertirla, creo que la veo sonreírle y decirle: "Mi buen hombre, no sirve para nada, porque el Señor se me ha aparecido de antaño, diciendo: "Sí, te he amado con un amor eterno", ¿y entonces puedes decirme lo que quieras? He tenido una sensación de perdón comprado por sangre derramado en el extranjero en mi corazón, y sé que Él es Dios y nunca puedes vencerlo de mí". Como bien dice Watts, cuando una vez tenemos una seguridad como esa:

***"Si todas las formas que los hombres inventan
asaltan mi fe con arte traicionero, las
llamaría vanidad y mentira
y uniría el Evangelio a mi corazón"***

Oh, si tienes la sensación de que el pecado está perdonado, nunca puedes dudar de la existencia de un Dios, porque se dirá de ti: "Entonces supo que el Señor era Dios".

Y ahora reúno mis fuerzas por un momento, para hablar con aquellos de ustedes que desean saber qué deben hacer para ser salvos. Mi oyente, ninguna pregunta puede ser más importante que eso. Ninguno es tan necesario para preguntar. Por desgracia, hay demasiados que nunca lo preguntan, pero que navegan hacia el abismo de la desesperación negra, escuchando el canto de la sirena de dilación y demora. Pero si ha sido llevado a hacer la pregunta solemne y seriamente, "¿Qué debo hacer para ser salvo?" Estoy feliz, tres veces feliz de poder decirte la propia Palabra de Dios, "El que cree en el Señor Jesucristo y es bautizado, será salvo. El que no cree", dice la Escritura, "será condenado".

"No es por obras, para que ningún hombre se jacte". "Pero, señor", usted dice: "Tengo muchas buenas obras y confiaría en ellas". Si lo hace, es un hombre perdido. Como el viejo Matthew Wilks dijo una vez de manera muy pintoresca, hablando en su tono habitual: "Podrías intentar navegar a Estados Unidos en un bote de papel e ir al Cielo por tus propias obras. Serás abrumado por el pasaje si lo intentas". No podemos hacer girar una túnica que sea lo suficientemente larga como para cubrirnos, no podemos hacer una justicia que sea lo suficientemente buena como para satisfacer a Dios.

Si fuese salvo, debe ser a través de lo que hizo Cristo y no de lo que usted hizo. No puedes ser tu propio Salvador. Cristo debe salvarte, si eres salvo. ¿Cómo puedes ser salvo por Cristo? Aquí está el plan de salvación. Está escrito: "Este es un dicho fiel y digno de toda aceptación, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores".

¿Sientes que eres un pecador? Entonces crea que Jesucristo vino a salvarlo, porque con la certeza que siente de que Cristo moriría en vano. Si Él murió por ti, seguramente serás perdonado y salvo y algún día cantarás en el Cielo. La única pregunta es: ¿murió por ti? Sin duda lo hizo si eres un pecador. Porque está escrito, lo repetiré de nuevo: "Es un dicho fiel, que Cristo Jesús vino a salvar a los pecadores". ¡Pobre pecador, cree! Mi querido amigo, ¡dame tu mano! Desearía poder ponerlo en la mano de Cristo. ¡Oh, abrázalo! ¡Abrázalo! No sea que las nubes de la noche caigan sobre ti y el sol se ponga antes de que lo encuentres. Oh, agárralo a Él, para que la muerte y la destrucción no te alcancen. Vuela a esta montaña, para que no te consumas. Y recuerda, una vez en Cristo, estás a salvo más allá del peligro:

***"Una vez en Cristo, en Cristo para siempre,
Nada de su amor me puede apartar".***

¡Oh, créelo! Créanle, mis queridos, queridos oyentes, por el amor de Jesús. Amén.